

FUENTES

SELECCIONES DE LA “ESCALA ESPIRITUAL” DE SAN JUAN CLÍMACO

Juan el Sinaíta o Juan el Escolástico, *higúmeno* (abad) del monasterio de Santa Catalina del Monte Sinaí, es conocido ante todo por el nombre de Juan Clímaco, derivado del título de su famosa obra “La escala (en griego: *clímax*) espiritual”. Casi contemporánea de san Gregorio Magno -Clímaco vivió aproximadamente entre 575 y 650- su obra representa un acabado compendio de la sabiduría monacal de varios siglos. La “Escala” puede considerarse como una síntesis o sistematización final de la doctrina de los Padres del desierto, que por ello se convirtió en el directorio espiritual del monacato bizantino hasta el día de hoy. Es notable que a esta misma síntesis se llegara en Occidente casi al mismo tiempo, es decir, con san Benito y san Gregorio Magno.

La “Vida” de Clímaco, compilada por el monje Daniel, nos informa que aquel a los 16 años entró como novicio al monasterio que el emperador Justiniano pocos años antes había fundado al pie del monte donde Moisés había recibido las tablas de la ley, en el lugar en que tradicionalmente se ubicaba la zarza que ardió sin consumirse. Una tercera circunstancia había contribuido a la fama del cenobio y era que allí se veneraban los restos de la virgen y mártir Santa Catalina. Después de haber militado 19 años en las filas fraternas, Juan pasó a la vida anacorética o solitaria, fijando su morada en un lugar llamado Tholas, a cinco millas de la iglesia de Santa Catalina. Los cuarenta años que moró allí hicieron de él un perfecto *hesycasta*. Su abstinencia era moderada y mucha su oración. Los discípulos que acudieron a él cimentaron su fama de eminente padre espiritual. Algunos hermanos envidiosos hicieron circular el comentario de que Juan, carente en el fondo de las virtudes de un verdadero anacoreta, suplía su indigencia con los recursos de una charlatana oratoria. El solitario practicó entonces un silencio absoluto de un año, hasta que sus mismos émulos, viendo como el manantial de la doctrina salvadora se había cerrado, le suplicaron que suspendiese aquella restricción. Poco después fue llamado por los hermanos al cargo de *higúmeno*, es decir, abad del cenobio de Santa Catalina. Fue entonces cuando Juan, abad del monasterio de Raithu, en aquella misma península del Sinaí, le rogó que cual nuevo Moisés pusiese por escrito la abundancia de su experiencia espiritual, sugiriéndole que se valiese para ello de la imagen de la escala de Jacob. Aceptó el *higúmeno* con toda humildad la proposición y compuso los treinta capítulos o grados de la “Escala espiritual”, en el siguiente orden:

1. renuncia al mundo (*apotagé*);
2. desapego de los afectos seculares (*aprospátheia*);
3. separación o peregrinación (*xenitéia*);
4. obediencia (*hypakoé*);
5. penitencia (*metánoia*);
6. recuerdo de la muerte (*mnéme thanátou*);
7. compunción (*pénthos*);
8. ira (*aorgesía*);
9. rencor (*mnesikakía*);
10. detracción (*katalalía*);
11. silencio (*siopé*);
12. mentira (*pséudos*);
13. acedia (*akedía*);
14. gula (*gastromargía*);
15. lujuria (*porneía*);
16. avaricia (*filargyria*);
17. pobreza (*aktemosýne*);
18. insensibilidad (*anaísthésia*);
19. salmodia (*psalmodía*);
20. vigiliat (*agrypnia*);
21. miedo (*deilía*);
22. vanagloria (*xenodoxía*);
23. soberbia (*hyperefanía*);
24. simplicidad (*haplotes*);
25. humildad (*tapeinofrosýne*);
26. discreción (*diakrísis*);
27. quietud (*hesyjiá*);
28. oración (*proseujé*);
29. tranquilidad (*apátheia*);
30. caridad (*agápe*).

Nos pareció útil la enumeración exhaustiva de los treinta grados de la escala, porque revela que Clímaco toca todos los temas predilectos de la literatura monástica antigua y comparte con ella aquel apasionado interés por el hombre y su transformación en Cristo. En contrapartida el tema preferido de nuestra edad, es decir la transformación del mundo, no se toca expresamente. Esto explica una cierta decepción que el lector apresurado experimenta o podría experimentar frente a la “Escala espiritual” y, en general, ante la literatura monástica antigua. Sin embargo, ambos enfoques en vez de oponerse deberían complementarse a la luz de la vehemente pregunta de Cristo: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si perdiera su alma?”.

Embarcados ya en la empresa de hacer accesible a nuestros lectores el tesoro sin igual del pensamiento de Clímaco nos sentimos como alguien que intentara hacer pasar una peineta por la abundante e hirsuta cabellera de un ermitaño. Como punto de partida existe la magnífica traducción al castellano de Fray Luis de Granada, basada a su vez en la versión latina de la obra del abad sinaítico. Si se la compara con el texto griego de la *Patrologia graeca* de Migne (tomo 88), que a su vez es estimado como insuficiente, se notará que Fray Luis lo sigue bastante de cerca. Con todo, en muchos lugares en que el original griego es excesivamente conciso y hermético, el castellano se permite algunas paráfrasis, llegando incluso a introducir nuevas citas bíblicas para avalar su labor de complementación. Con pena hemos tenido que hacer, pues, algunas podas en el magnífico follaje del castellano del siglo de oro, rectificando la traducción de acuerdo con el texto griego.

Otro problema más fundamental aún es la desordenada abundancia y frecuente incoherencia del modo de pensar y de escribir del gran abad oriental. Con su habitual delicadeza Fray Luis de Granada observa en sus anotaciones al capítulo 1º: “Familiar cosa es a este santo, como lo es a todos los que escribiendo siguen el instinto y magisterio del Espíritu Santo, no tener tanta cuenta con el hilo y consecución de las materias y con la trabazón de las cláusulas y sentencias, cuanto con seguir el dictamen y movimiento de este Espíritu divino que los enseña”. Fieles a nuestro propósito de divulgación hemos optado por ello a dar sólo algunos trozos selectos del rico material que se nos ofrecía. Respetando el orden de la “Escala” nos hemos limitado a reproducir trozos especialmente significativos y ricos que pudieran formar como un conjunto de aforismos o sentencias. En espera de una versión castellana completa y moderna -desgraciadamente aún carecemos de una edición crítica del texto griego- esta modesta antología no pretende más que suscitar el gusto y el interés por uno de los documentos más sustanciosos del monacato primitivo. Para mayor información se debe recurrir al estudio de Gueric Couilleau en el *Dictionnaire de Spiritualité (Saint Jean Climaque*, col. 369-389 del fascículo LII). Admiramos en la “Escala” la elevación a veces lírica, a veces dramática, del pensamiento, la honda convicción de un monje que habla de lo que ha vivido, la sutil penetración psicológica, el abismante y siempre realista conocimiento de los hombres, la riqueza de su experiencia del Espíritu, la inteligente asimilación de la literatura monástica anterior a él: no en vano Clímaco lleva también el sobrenombre de *Sjolaticós*, es decir, de “culto” o “instruido”. Aunque cita expresamente tan sólo a Orígenes, Evagrio, Gregorio de Nazianzo y Casiano, en numerosos pasajes de Clímaco se revela la lectura de otros autores (como, por ejemplo, de Isaías de Gaza). Podría objetarse quizás un cierto “triumfalismo” v. gr. de los trozos que comienzan con “El monje es...”. Se refleja en ellos el sincero y poderoso entusiasmo del autor por la vocación monástica, la que no deja de tener hondos motivos. Al mismo tiempo Juan es realista y no disimula ninguna de las taras de los monjes; nada más ajeno a él que estucos y maquillajes. Es eso lo que justifica la irrupción de la teología de la gloria en medio de un cuadro en que abunda la de la cruz y de la miseria humana.

La difusión de la “Escala” fue muy grande tanto en Oriente, donde se convirtió en *el* libro de los monjes después de la Sagrada Escritura, como en Occidente, donde influyó poderosamente en la espiritualidad cartujana, camaldulense y en la de los franciscanos espirituales. La primera traducción española fue hecha en Toledo en 1504. La segunda, que nos interesa particularmente, es obra del dominico Juan de Estrada o de la Magdalena y fue hecha e impresa en México antes de 1540. Aquella “Escalera espiritual para llegar al cielo” de Estrada fue uno de los primeros si no el primer libro impreso en el Nuevo Mundo. Esta versión probablemente sirvió de base a Fray Luis de Granada para su traducción, aparecida en 1562 en Lisboa y dedicada a la reina Catalina de Portugal. En el prólogo el ilustre dominico se refiere al trabajo de su co-hermano, confesando sin embargo que había rehecho casi todo el texto.

En la presente antología se indican al pie de cada aforismo el capítulo de la “Escala” del que ha sido extraído y la columna del texto griego de PG 88 en que se lo puede encontrar. Hemos puesto en cursiva la o las palabras claves de cada sentencia.

AFORISMOS

Monje es un orden y una manera de vivir de ángeles, estando sin embargo en cuerpo terrestre y manchado. Monje es el que en todo tiempo, lugar u ocupación se mantiene en los caminos y preceptos de Dios. Monje es una perpetua contradicción de la naturaleza y una vigilancia infatigable de los sentidos. Monje es un cuerpo santo, una boca limpia, una mente iluminada. Monje es el que duerme y vela en asidua compunción teniendo siempre presente la muerte (I,633).

*

Todos los que deseamos salir de Egipto y de la sujeción del faraón tenemos necesidad después de Dios de algún Moisés que sea mediador entre Él y nosotros, siendo para nosotros un ejemplo tanto en la acción como en la contemplación, y eleve sus manos hacia Dios por nosotros, para que guiados por Él pasemos el mar de los pecados y derrotemos a Amalec, príncipe de las pasiones. Por ello están muy engañados los que confiados en sí mismos creen que no tienen necesidad de guía (I,633 y 636).

*

Los que salieron de Egipto tuvieron por *guía* a Moisés; mas los que huyeron de Sodoma tuvieron para esto un ángel que los guió. Los primeros, que son los que salieron de Egipto, son figura de aquellos que procuran sanar los vicios de su alma con la cura del médico espiritual; mas los segundos, que son los que huyeron de Sodoma, significan aquellos que desean verse libres de las impurezas del cuerpo. Estos necesitan para ello la ayuda de un ángel o, por decirlo así, de un hombre que sea para ellos como un ángel. Porque según el grado de infección de las heridas tenemos necesidad o de un enfermero o de un médico (I,636).

*

Todos los que en Cristo son *niños* han de comenzar por este fundamento: inocencia, ayuno y templanza. Tomen por ejemplo a los que son niños por la edad: en ellos no hay doblez, ni malicia, ni hambre insaciable de comer, ni avaricia del vientre, ni cuerpo inflamado de concupiscencia. Igualmente con el crecimiento del cuerpo también crecen los vicios y se encienden los ardores de la concupiscencia (I,636).

*

Ciertamente es aborrecible y peligroso que el que comienza (la vida de monje) lo haga con flojedad y blandura, porque esto suele ser indicio manifiesto de la caída venidera. Por eso es cosa muy provechosa comenzar con firmeza y fervor, aunque más tarde sea necesario disminuir algo este rigor. El alma que empezó a pelear varonilmente y después se debilitó algún tanto, con el recuerdo de su fervor primitivo se siente espoleada al bien. De este modo no pocos renovaron su *celo del principio* (I,636).

*

Cada vez que el alma, delatándose a sí misma, descubre que ha disminuido su primero y dichoso ardor, investigue diligentemente la causa de este *entibiecimiento* y con toda energía arremeta contra ella; porque no se podrá entrar por otra puerta sino por la que se ha salido (I,637).

*

Hay algunos *monjes* que son como incienso: primero dan un grato perfume, pero al fin vienen a parar en humo. Son los que obedecen por fuerza.

Otros son como ruedas de molino, que siempre dan vueltas alrededor de sí mismos y nunca avanzan.

Son los que buscan provecho.

Por último están los que por amor de Dios hacen vida de monje y estos ya en los principios prenden fuego. Y son como un incendio en medio de un bosque, dilatándose más y más (I,637).

*

Cuánto son dignos de alabanza los que inmediatamente al principio de la vida monástica cumplen los *mandamientos* con alegría y buena voluntad, tanto son dignos de lástima los que habiendo vivido mucho tiempo en la ascesis los cumplen con trabajo y pesadumbre, si es que los cumplen (I,637).

*

Ofrece alegremente los trabajos de tu *juventud* a Cristo y en la vejez te gozarás de la riqueza del bien que hiciste. Las cosas que sembramos en la juventud, en la ancianidad nos alimentan y consuelan. Trabajemos, jóvenes, ardentemente, corramos con sobriedad, pues incierta es la hora de la muerte (I,641).

*

Ay del solo, que si cayere en la *acedia*, en el sueño, en la negligencia o en la desesperación, no hay quien lo levante. Pero donde hay dos o tres *congregados en mi nombre*, dice el Señor, allí estaré yo en medio de ellos (I,641 y 644).

*

¿Cuál será el monje fiel y prudente que manteniendo todo su *fervor* hasta el fin de su vida persevera cada día añadiendo fuego al fuego, fervor al fervor, diligencia a la diligencia, deseo al deseo, sin cansarse nunca? (I,644).

*

El *camino angosto* consiste en negarse a las exigencias del vientre, en estar de pie en vigilia, en la bebida racionada, en la frugalidad de la mesa, en beber el purgante del deshonor, en tolerar los sarcasmos, las bromas y la ridiculización de uno mismo, en renunciar a las propias voluntades, en tener paciencia frente a las ofensas, en no murmurar cuando nos desprecian, en deshacer el ímpetu de la soberbia, en soportar valientemente la injusticia, en no indignarse contra los que nos infaman, en no encolerizarse contra los que nos menosprecian, en ser humildes con los que nos condenan. Bienaventurados los que andan por este camino, pues de ellos es el reino de los cielos (II,656-657).

*

Peregrinación (separación del mundo) es abandonar sin mirar para atrás todo aquello que nos impide alcanzar la patria y la meta de la piedad. Peregrinación es disciplina de las costumbres, sabiduría no conocida, prudencia oculta, vida escondida, propósito secreto, meditación silenciosa, deseo de lo simple, anhelo de aflicción, resolución de amar a Dios, abundancia de caridad, destierro de la vanagloria, silencio profundo (III,664).

*

Obediencia es mortificación de los miembros corporales por medio de una inteligencia viva, es ponerse en movimiento sin pretender examinar; obediencia es muerte voluntaria, vida sin curiosidad, peligro sin preocupación, defensa no premeditada ante Dios, ausencia de temor a la muerte, navegación sin peligro, camino que durmiendo se pasa. Obediencia es sepulcro de la propia voluntad y resurrección de la humildad (IV,680).

Bebe con suma alegría las *reprehensiones y escarnios* que cualquier hombre te diere a beber, como si fuera agua de vida: porque el que esto hace te da un saludable purgante, por el cual despidas de ti tu lascivia. Entonces surgirá en tu alma una castidad profunda y la luz de Dios no se apagará en tu corazón (IV,713).

Un poco de fuego basta para ablandar la cera y un poco de *ignominia imprevista* es suficiente a veces para ablandar, endulzar y quitar toda rebeldía, dureza y callosidad de un corazón (IV,713).

La vacilación del corazón y el constante cambio de lugar acarrearán siempre ofensas y calamidades. Los que fácilmente se mudan son generalmente poco estimados. Nada esteriliza tanto el espíritu como la falta de *perseverancia*. Si en tu peregrinar encuentras a algún médico desconocido o algún sanatorio espiritual observa bien las costumbres de los que allí moran. Y si por medio de estos oficiales y ministros entrevés algún remedio para tus enfermedades, especialmente para la hinchazón del espíritu (lo que tú buscabas), acércate entonces y véndete por el oro de la humildad, haz documento de tu entrega por la obediencia, llamando por testigos a los santos ángeles y rompe en presencia de ellos la escritura de tu propia voluntad. Vagando en cambio por todas partes y no perseverando en ninguna pierdes el rescate por el que Cristo te redimió. Que el lugar donde te quedes sea para ti como un sepulcro. Nadie sale del sepulcro antes de la resurrección de los muertos (IV,716).

*

Suele el demonio a los que viven en comunidad causar un deseo grande de las virtudes que no pueden alcanzar; y por el contrario, a los que viven en soledad les hace desear otras virtudes ajenas.

Examina diligentemente el ánimo de los *cenobitas* insensatos y hallarás en ellos un pensamiento extraviado: un gran deseo de soledad y de grandes ayunos, de continua oración, de extremo desprecio de sí mismo, de perpetua memoria de la muerte, de continua compunción, de perfecta mortificación de la ira, de altísimo silencio y excelentísima castidad. Y como estas virtudes dentro de aquel modo de vivir no las pudieron alcanzar de inmediato cambiaron engañados de resolución. El enemigo les hizo desear estas cosas antes de tiempo, para que no sucediera que por medio de la perseverancia alcanzasen estas cosas en su debido tiempo.

Mas por el contrario el engañador exalta entre los *solitarios* la hospitalidad de los que viven en común, su servicialidad, su amor fraterno, su familiar convivencia, su atención a los enfermos, a fin de que, engañados como los primeros, el embustero los haga salir de la perseverancia de su estado (IV,725).

Penitencia es renovación del bautismo. Penitencia es pacto con Dios para comenzar una vida diferente. Penitencia es compra de humildad. Penitencia es repudio perpetuo de toda consolación corporal. Penitencia es pensamiento que se juzga a sí mismo y serena preocupación de sí mismo. Penitencia es hija de la esperanza y destierro de la desesperación. Penitencia es reo libre de confusión. Penitencia es reconciliación con el Señor por medio de las buenas obras contrarias a los errores. Penitencia es purificación de la conciencia. Penitencia es sufrimiento voluntario de las cosas aflictivas. Penitencia es castigo de sí mismo (V,764).

Todos los que caímos, trabajemos ante todas las cosas por resistir al demonio de la *tristeza desordenada*; porque este suele acudir al tiempo de la oración para impedirla, recordándonos el tiempo de nuestra pérdida inocencia. No te turbes, aunque caigas cada día y te levantes; no desistas en tu esfuerzo, sino que persevera varonilmente y tu ángel de la guarda tendrá en cuenta tu paciencia y constancia (V,777).

*

Cuando la *herida* está fresca y corre la sangre, fácil es el remedio; mas la que está vieja e infectada dificultosamente sana y esto no sin gran trabajo ni sin cauterio, hierro y fuego. Muchas heridas hay

que el tiempo vuelve incurables; pero a Dios ninguna cosa es imposible (V,777).

*

Antes de la caída los *demonios* nos representan a Dios muy benigno y amigo de los hombres; y después del pecado nos tratan de persuadir de que es duro e inexorable (V,780).

*

Es señal de diligente y perfecta penitencia si alguien se estima merecedor de todas las *aflicciones* que le toca vivir, tanto de las corporales como de las espirituales y de muchas más (V,780).

La *sed* y las *vigilias* quiebran la piedra de nuestro corazón, y quebrada ésta saltan las aguas vivas (VI,796).

Es propio de los que progresan en la santa *compunción* la templanza en la comida y el silencio de los labios; de los más avanzados, la serenidad y el olvido de las injurias; mas de los perfectos y consumados, la humildad, el deseo de los oprobios, el hambre voluntaria de molestias y trabajos y no sólo la abstención de condenar a los que pecan, sino la conmiseración sobrenatural (*sympátheia*) con ellos. Los primeros son dignos de ser aceptados; los segundos, dignos de ser alabados; pero bienaventurados habrá que llamar a los terceros que tienen hambre de aflicciones y sed de ignominias, porque serán saciados de aquel alimento que nunca harta (VII,804).

La mortificación perfecta de la *ira* es un insaciable deseo de desprecios, así como por el contrario la ambición es un apetito infinito de honras. La *serenidad* es una victoria sobre la naturaleza, consistente en una insensibilidad frente a las injurias obtenidas por luchas y sudores. *Mansedumbre* es un estado constante e inmóvil del alma que permanece igual entre los vituperios y las alabanzas (VIII,828).

El principio de la mortificación de la *ira* consiste en cerrar la boca estando el corazón turbado; el medio, en el silencio de los pensamientos aflictivos, aunque el alma esté turbada; el fin, en tener una estable y fija tranquilidad en medio de la tempestad de los espíritus impuros (VIII,828).

Ira es llevar a la superficie el odio oculto, procedente del recuerdo de los males sufridos. Ira es deseo de hacer el mal a quien nos ofendió. *Furia* es un fuego intempestivo del corazón. *Amargura* es una actitud arraigada en el corazón, que lo priva de todo gusto y toda alegría. *Furor* es un rapidísimo movimiento del alma que deforma al hombre. Así como al salir la luz se desvanecen las tinieblas, así al difundirse el perfume de la humildad desaparecen la amargura y el furor (VIII,828).

Si con verdad se dice que el *Espíritu Santo* es paz del alma y la ira perturbación de ella, con razón también se dirá que nada impide tanto la presencia del Espíritu Santo en nosotros como la ira (VIII,829).

Si quieres quitar *la paja del ojo* de otro no la quites con una viga en la mano, sino con otro instrumento más delicado (VIII,832).

Si atentamente observamos hallaremos a menudo que los *hombres iracundos* son también muy dados a las vigilias, a los ayunos y al recogimiento de la soledad. Esto lo hace el demonio con grandísima astucia, a fin de que con el pretexto de penitencia y compunción, los haga practicar estos ejercicios desordenadamente, para que así se melancolicen y aumente la materia de su furia (VIII,832).

No es desacertado decir que las *injurias* y los *oprobios* son como un lavatorio espiritual para las almas, pues aun en el lenguaje común la gente que se jacta de haber hablado fuerte con alguien dice que le ha enjabonado la cabeza (VIII,833).

Vi una vez a tres monjes que habían sido por igual *ofendidos* y *despreciados*. Uno de ellos sentía el

dolor, pero lo reprimía en silencio. El otro se alegraba por la gracia recibida, aunque se dolía del ofensor. El tercero, no considerando más que el daño del prójimo, derramaba cálidas lágrimas por él. El uno había trabajado por temor; el otro, por el deseo de recompensa, y el tercero por la sola caridad (VIII,833).

Así como la fiebre de los cuerpos enfermos, siendo una no procede de una sola causa, sino de muchas y diversas, así el ardor y movimiento de la ira y de las demás pasiones procederá también de muchas causas. Por lo cual doy por consejo que cada uno ordene diligentemente la medicina según la disposición del enfermo. Y según esto el primer remedio será que cada uno se esfuerce por comprender la *causa de su sufrimiento*; y, conocida la causa aplique el remedio de Dios y de los hombres, es decir, de los médicos espirituales (VIII,833).

El recuerdo de las ofensas o *rencor* es la última sílaba de la ira; es guardián de los pecados, odio de la justicia, destrucción de las virtudes, virus del alma, gusano de la inteligencia, confusión de la oración, exterminio de la plegaria, aversión a la claridad, clavo hincado en el alma, acariciado sentimiento de dulce amargura, pecado perpetuo, iniquidad vigilante y continua malicia. Es este uno de los oscuros y tristísimos vicios que engendra otros vicios (IX,841).

Así como hay algunas mujercillas que desvergonzada y públicamente son malas y otras que secretamente cometen mayores culpas; así también sucede con las *pasiones*, que unas son más públicas y desvergonzadas (como es la gula y la ira) y otras más secretas y disimuladas, pero mucho peores que las primeras, como son la hipocresía, la tendencia a interpretar mal, la melancolía mundana, el recuerdo de las ofensas y la detracción, que aparentan todas una cosa, pero hacen otra (X,845).

Los demonios procuran siempre una de dos cosas: o hacernos pecar o hacernos *juzgar a los que pecan*; de este modo nuevos asesinos consiguen por medio de lo último ensuciar a los que estaban limpios de lo primero. Es señal muy cierta de que alguien es rencoroso y sufre de envidia cuando fácilmente y a menudo calumnia las doctrinas, las obras y virtudes de otros, imbuido de espíritu de odio. Conocí a algunos que secretamente cometían grandes pecados, los cuales por parecer justos, agravaban y exageraban los pecados veniales y públicos de otros (X,848).

El sabio vendimiador cosecha las uvas maduras y deja las verdes. Así la mente generosa y sabia repara siempre en todo lo que de virtuoso y bueno se puede encontrar en otros, mientras que la mala siempre anda *escudriñando defectos*, según lo que dice el salmo (637): “inventan maldades y ocultan sus invenciones, porque su mente y su corazón no tienen fondo” (X,848).

El *silencio* es madre de la oración, liberación del cautiverio, guardián del fervor, examen de nuestros pensamientos, atalaya de los enemigos, conservador de la compunción, amigo de las lágrimas, despertador del recuerdo de la muerte, pintor de los tormentos eternos, inquisidor del juicio divino, causa de la santa tristeza, enemigo de la presunción, esposo de la quietud, adversario de las ideas ambiciosas, acrecentamiento de la sabiduría, obrero de la meditación, aprovechamiento secreto en las virtudes y escondida subida a Dios (XI,852).

El *silencio de Jesús* hizo que Pilato sintiera admiración y reverencia y puso fin a las palabras de vanagloria. Una palabra dijo Pedro y lloró amargamente después de haberla dicho, acordándose de aquello: “Yo me dije: vigilaré mi proceder, para que no se me vaya la lengua” (XI,852).

El que ha sentido ya el olor de aquel fuego altísimo que es el Espíritu Santo huye del *trato de los hombres* como la abeja del humo. Así como el humo hace daño a las abejas, así la frecuencia de la compañía humana combate (al que ama el silencio) (XI,852).

La *acedia* es relajación del espíritu, disolución del pensamiento, negligencia de la ascesis, odio de la profesión monástica, alabanza de las cosas del mundo y calumniadora de Dios, por estimarlo áspero y riguroso. Para el cantar de salmos está siempre sin fuerza; si se trata de oración, se declara enferma; si

de servicio fraterno, se pone dura como hierro; sólo para el trabajo manual es activa, pero la obediencia le molesta (XIII,860).

Atemos al *tirano de la acedia* con el recuerdo de los propios pecados, azotémoslo con el trabajo manual y arrastremoslo al tribunal con la meditación de los bienes eternos. Y estando ante el juez sea interrogado: “Dinos, flojo y disoluto, ¿quién es el padre que tan mal te engendró? ¿Quiénes tus hijos? ¿Quiénes son los que te combaten y que finalmente te cortan la cabeza?”. El entonces responderá: “Yo entre los verdaderos obedientes no tengo sobre qué reclinar mi cabeza; mas vivo en compañía de los que buscan soledad. Los padres que me engendraron y me dieron nombre son muchos; porque unas veces es la insensibilidad espiritual, otras veces el olvido de las cosas celestiales y otras también el exceso de trabajo los que me engendran. Mis hijos son el continuo cambio de lugar que por mí se hace, la desobediencia del padre espiritual, el olvido del juicio venidero y a veces la negligencia de los votos. Mis adversarios, que ahora me tienen preso, son el canto de los salmos y el trabajo manual; mi enemigo, el recuerdo de la muerte; mas quien me corta la cabeza es la oración acompañada de la esperanza de los bienes futuros. Mas quién sea el padre de la oración, preguntádselo a ella” (XIII,860 y 861).

El que tiene dentro de sí al Espíritu Santo y le hace oración vence al espíritu de la gula; pero los que no han probado por experiencia al Consolador, siempre buscarán la dulzura de los placeres sensuales (XIV,872).

La *pobreza* del que corre hacia el cielo es destierro de las preocupaciones, vida sin cuidado, camino libre, confianza en los mandamientos, lejanía de las molestias. El monje pobre es señor de todo el mundo, porque pone todos sus cuidados en Dios y mediante la fe convierte a todos en servidores suyos. No tiene necesidad de pedir a un hombre lo que le hace falta, porque recibe todo como de la mano de Dios. El obrero desapegado es hijo de la tranquilidad de ánimo y mira todas las cosas que tiene como si no las tuviese. Si ingresa a la vida solitaria estimará todas las cosas como estiércol. Si alguien se apega a una cosa transitoria aún no ha alcanzado la verdadera pobreza. El hombre desapegado hace una oración pura; pero el codicioso se prosterna ante ídolos materiales (XVII,928).

El monje que tiene altos pensamientos contradice con vehemencia; el que los tiene humildes, no sabe contradecir. Ni puede el ciprés inclinarse hasta la tierra, ni *el monje soberbio* humillarse y obedecer. El hombre de alto corazón desea señorear y mandar y por este medio se encamina a su perdición. Y así lo permite Dios (XXIII,965).

A los (monjes soberbios) conviene mucho la *sujeción*, una humilde y baja manera de vivir y la lectura y consideración atentísima de aquellas claras virtudes de los Padres, que parecen exceder la naturaleza. Y quizás así les quedará a los que sufren este mal alguna pequeña esperanza de salvación (XXIII,968).

Monje propiamente es el que mantiene inmovible la mirada del alma y no cede a los impulsos de los sentidos corporales. Monje es el que desafía a los enemigos, como a bestias salvajes y los irrita y provoca a pelear, cuando huyen de él. Monje es el que supera permanentemente todas las cosas y siente tristeza por la vida (como se lleva) en el mundo. Monje es una luz que incesantemente está alumbrando los ojos del corazón. Monje es un abismo de humildad en el que perece y se ahoga todo espíritu malo y en el que las ilusiones de la hinchazón humana son olvidadas (XXIII,969).

Si te acusas sinceramente ante Dios podrás vencer a la soberbia como a una araña. El caballo de la soberbia es la vanagloria. Pero la santa *humildad* se reirá del caballo y del caballero, cantando alegremente aquel canto triunfal que dice: “Cantemos al Señor, porque es glorioso; caballo y caballero arrojó al mar”, esto es, al abismo de la humildad (XXIII,969).

Mansedumbre es mantener el alma en un mismo e inmóvil estado, sin perturbación, así en los honores como en las deshonras. Mansedumbre es orar sincera y cordialmente, por los que te perturban, sin perturbarte tú mismo. Mansedumbre es una roca alta que está sobre el mar de la ira, en la cual se deshacen todas las olas furiosas, sin que ella se mueva ni a una ni a otra parte. Mansedumbre es

firmeza en la paciencia, puerta de la caridad, o más bien, su madre, fundamento de la discreción. “El Señor enseña su camino a los humildes” (*Sal* 24,9). Es también procuradora de perdón y confianza en la oración. Es habitación del Espíritu Santo, porque dice la Escritura: “¿En quien voy a fijarme sino en el humilde y contrito?” (*Is* 66,2). Mansedumbre es ayuda de la obediencia, guía de la fraternidad, freno de los soberbios, cuchillo de los airados, directora del coro de la alegría, imitación de Cristo, condición de ángeles, prisión de demonios y escudo contra las amarguras del corazón (XXIV,980 y 981).

*

El Señor reposa en los corazones de los *mansos*; pero el espíritu de los turbulentos es cátedra del diablo. Los mansos heredarán la tierra o, mejor dicho, serán dueños de ella; pero los *violentos* serán arrancados de sus tierras. El alma mansa es trono de la simplicidad; la mente del violento es un taller de maldad (XXIV,981).

*

Humildad es una gracia del alma que no tiene nombre sino solo en aquellos que tienen experiencia de ella. Humildad es don de Dios y un nombre inefable de sus riquezas. “*Aprended* -dice- no de un ángel, no de un hombre, no de un libro, sino *de mi*, esto es, de mi inhabitación en vosotros, de mi luz, de mi energía, *que soy manso y humilde de corazón*, de pensamiento y de sentidos y *hallaréis descanso* de las luchas y de la guerra de vuestros pensamientos *para vuestras almas*” (XXV,989).

*

Discreción es un verdadero y firme conocimiento de la voluntad de Dios acerca de lo que debemos hacer en todo tiempo, lugar y suceso; conocimiento que sólo poseen los que son limpios de corazón, de cuerpo y de boca (XXVI,1013).

*

La luz de los monjes son los ángeles y la luz de los hombres son los monjes y la *disciplina de la vida monástica* (XXVI,1020).

*

La *oración continua* destruye la tristeza espiritual (XXVI,1084).

*

El *deseo de los oprobios* es curación de la ira; el canto de himnos, la misericordia y la pobreza sofocan la tristeza (XXVI,1084).

*

El *silencio y la soledad* son perseguidores de la vanagloria. Si (a pesar de ello) llegaras a sentirla en ti, abrázate al *oprobio* (XXVI,1085).

Así como es imposible que la serpiente se desprenda de su pellejo antiguo sino entrando por un agujero angosto; así nosotros nunca dejaremos la túnica del *hombre viejo* y las costumbres y malos hábitos de muchos años, sino entrando por la senda estrecha del ayuno, de la aflicción y de los oprobios (XXVI,1085).

Así como los huevos de las aves, si están encubiertos vienen a producir crías, así *los malos pensamientos* cuando permanecen encubiertos (sin ser revelados a quien pueda curar), se transforman en obras malas (XXVI,1085).

Así como los caballos al correr se estimulan mutuamente, así los que viven en santa *compañía* aumentan en virtud (XXVI,1085).

Así como los pobres conocen más claramente su pobreza cuando ven los tesoros de los reyes; así el alma, cuando lee los ejemplos de las grandes *virtudes de los Padres*, se achica y torna más humilde (XXVI,1085).

Así como el que lleva perfumes, aunque no lo quiera, es descubierto por su fragancia, así el que tiene el *Espíritu del Señor*, por sus palabras y su humildad no puede dejar de ser conocido (XXVI,1088).

Así como los ladrones no van de buena gana al lugar donde ven las armas y los ministros de justicia; así tampoco los espirituales ladrones (los demonios) acometen fácilmente al que ven *armado de oración* (XXVI,1088).

Así como el rayo del sol, al entrar por un pequeño agujero en una casa, lo ilumina todo y hace que se vean hasta los átomos que están en el aire, así el *temor de Dios*, al llegar al corazón, le descubre hasta las culpas más pequeñas (XXVI,1088).

*

La *quietud* del cuerpo es un conocimiento y moderación de los sentidos y movimientos (del hombre exterior). La quietud del alma es ciencia de los pensamientos (aflictivos) e inviolable atención a Dios. El amigo de esta quietud es un pensamiento fuerte y severo, instalado en la puerta del corazón, que detiene o rechaza las impresiones que irrumpen desde el exterior. El que ha gustado la intimidad de esta quietud entenderá estas palabras; mas el que es aún niño (principiante) no lo entiende porque no lo ha gustado. El conocedor de la quietud no necesita palabras: con los hechos ilumina el sentido de las palabras (XXVII,1097).

El comienzo de la *quietud* es apartar de nosotros todo estrépito, que agita las profundidades del corazón. El fin de la quietud consiste en no temer ya los ruidos, sino en estar quieto y sosegado en medio de ellos (XXVII,1097).

*

El gato está siempre al acecho del ratón; pero la mente del solitario caza de inmediato el *mal pensamiento*. No desprecies esta comparación, pues si lo haces nada has entendido de la vida solitaria (XXVII,1097).

No es cosa segura nadar el hombre vestido, ni tampoco tratar de *los misterios de la teología* el hombre sujeto aún a pasiones (XXVII,1097).

La calma y el sol de mediodía ponen al descubierto la *paciencia* del marinero; la falta de cosas necesarias, la del solitario. Aquél, impaciente por la calma, se echa a nadar; éste, fatigado por la *acedia*, va en busca de compañía humana (XXVII,1100).

El primer paso del que busca la *quietud y soledad* es dar de lado todos los negocios, sean buenos o malos. El segundo es la oración diligente. El tercero, el trabajo infatigable del corazón. Es imposible que el que nunca estudió las letras pueda leer un libro; pero más imposible aún es llegar a la contemplación habiendo descuidado aquel primer paso (XXVII,1109).

Fiel es el que no solamente cree que Dios puede todas las cosas, sino que también cree que podrá todas las cosas en Él (XXVII,1113).

Paciencia es estar apercebido contra las vejaciones y trabajos de cada día (XXVII,1113).

Ninguno de los que desean edificar la torre y la celda de la *soledad* comience el trabajo antes que, asentado y recogido en la oración, haga sus cuentas y mire si tiene las propiedades necesarias de la perfección que para esto se requieren. No sea que, abriendo los cimientos y no prosiguiendo la obra, sea motivo de risa para los enemigos y de tropiezo para los demás obreros (XXVII,1116).

La *lectura* ayuda mucho para iluminar y recoger la mente; porque son palabras del Espíritu Santo las cuales rigen y orientan (*rythmizousin*) a los que se acercan a ella. Tú que eres obrero, procura que la lectura sirva para enseñarte cómo has de obrar, pues la buena obra torna innecesaria la lectura. Haz que la doctrina de salvación te ilumine más bien a través de obras que de libros (XXVII,1116).

Antes de estar fortalecido del Espíritu Santo no leas *doctrinas ajenas* (a Cristo). Las palabras que provienen de las tinieblas suelen entenebrecer a los espíritus débiles (XXVII,1116).

Una sola copa (de vino) a menudo revela el sabor del vino y una *sola palabra* de un solitario descubre, a los que son capaces de gustar, toda la vida interior y su manera de ser (XXVII,1116).

La potencia del rey consiste en dinero y en abundancia; el poder del solitario está en la *abundancia de la oración* (XXVII,1117).

La *oración*, según su condición y naturaleza es unión del hombre con Dios; mas según sus efectos es ordenación del mundo (*kósmou sústasis*), reconciliación con Dios, madre de lágrimas y al mismo tiempo hija, perdón de los pecados, puente para pasar las tentaciones, muro contra las tribulaciones, fin de las guerras, trabajo de ángeles, alimento de los espíritus. La oración es gusto de la alegría venidera, obra que nunca se acaba, manantial de virtudes, procuradora de carismas, progreso invisible, mantenimiento del ánimo, luz del entendimiento, hacha de la desesperación, argumento en favor de la esperanza, disolución de la tristeza, riqueza de los monjes, tesoro de los solitarios, disminución de la ira, espejo del progreso espiritual, metro para medir lo que se manifiesta (hacia afuera, en el hombre), declaración de nuestro estado (espiritual), llamada de atención hacia las cosas venideras, señal de la gloria futura (XXVIII,1129).

Cuando en alguna palabra de oración sientas *gozo o compunción* persevera en ella, pues entonces nuestro ángel ora juntamente con nosotros (XXVIII,1131).

No digas después de haber estado en oración que no aprovechaste nada, porque ya ha sido provechoso para ti estar allí. Porque, ¿qué cosa puede ser más alta y buena que estar *unido a Dios* y perseverar con Él ininterrumpidamente en esa unidad? (XXVIII,1136).

La fidelidad del soldado para con su rey se revela en la guerra; pero la caridad del monje para con Dios se conoce en el tiempo y la firmeza de la *oración*. La oración declara el estado en que te encuentras. Por lo cual con mucha razón dicen los teólogos que ella es el espejo del monje (XXVIII,1136).

En la misma oración se manifiestan indicios de que una petición ha sido escuchada: cuando se termina la duda y una inmovible *certidumbre* desplaza lo que era oscuro (XXVIII,1137).

El buen caballo cuanto más entra en carrera, más hierva y más desea pasar adelante. Por esta carrera entiendo el *cantar de los salmos* y por este caballo al monje que los canta. Y desde lejos huele la batalla y animoso corre hacia ella, para vencer (XXVIII,1137).

Es crueldad quitar el agua de la boca del que tiene sed; pero mayor crueldad es *interrumpir la oración* plena de compunción antes de que se haya terminado aquel encuentro sumamente deseable con Dios. Por tanto nunca te apartes de la oración hasta que el fuego y el agua que has recibido por divina dispensación dejen de arder y de fluir. Quizás no encontrarás en el resto de tu vida una ocasión tan propicia para alcanzar el perdón de tus pecados (XXVIII,1137).

Pide por medio de la, compunción; busca por medio de la *obediencia* y llama por medio de la *longanimidad*. Porque el que de esta manera pide, recibe; y el que así busca, halla; y al que así llama, le abrirán (XXVIII,1140).

El que sin cesar se apoya en el *báculo de la oración* no tropezará; y aunque te sucediera eso, de todas maneras no caerá para siempre, pues la oración es una *piadosa tiranía* de Dios (XXVIII,1140).

Ten siempre un *ánimo viril* y tendrás a Dios por maestro de tu oración (XXVIII,1140).

Nadie puede aprender con palabras a ver, porque esta es cosa que naturalmente se hace y no se aprende. Así tampoco podemos captar la *hermosura de la oración* a través de la enseñanza de otra persona, porque ella tiene en sí misma a Dios por maestro. Es Él quien enseña al hombre la sabiduría y da oración al que ora y bendice los años de los justos (XXVIII,1140).

Caridad, tranquilidad de espíritu y adopción filial sólo por el nombre se diferencian; porque así como la luz, el fuego y la llama proceden de una misma energía, así también aquellas tres (XXX,1156).

La *caridad* es cumplimiento de las profecías, y procuradora de milagros. La caridad es abismo de luz. La caridad es manantial de fuego que cuanto más fluye, más quema al sediento. La caridad es vivir como ángel. La caridad es provecho eterno (XXX,1160).

Corramos, hermanos, hacia Cristo, que al ser bautizado a los treinta años, había ya alcanzado el trigésimo grado de la *escala espiritual*. Pues Dios es caridad. A Él nuestro himno, a Él la gloria y el poder, a Él que es la fuente de todos los bienes, que era y que es y que será, por los siglos infinitos (XXX,1162).